

# LCA

Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIX

Centro América, Mayo de 1964.

NUMERO 193

Orientación.

## El Transformismo Monista

Jesús Simón, S. J.

Las teorías transformistas, que pretenden hallar una explicación al misterio de la vida sin tener que recurrir para ello a la intervención de Dios, pululan en la actualidad (si alguna vez en estas últimas décadas) en escritos y conferencias. Nuestros estudiantes latinoamericanos de secundaria y universidad son blanco de una planeada campaña de propaganda transformista reducida las más de las veces a afirmaciones rotundas que nunca se llegan a demostrar científicamente, ni mucho menos filosóficamente.

Atendiendo a varias peticiones que nos hacen nuestros lectores reproducimos aquí estas teorías, tomadas del excelente tratado "El hombre" del P. Jesús Simón, S. J. (1) junto con su crítica, en la seguridad de que pueden ayudar mucho a aclarar ideas de educadores y alumnos, a veces un tanto confusas.

### IDEA DEL TRANSFORMISMO MONISTA.

Lamarck y Darwin fueron los iniciadores del movimiento que había de arrastrar en pos de sí a todos los materialistas y, en general, a cuantos, no reconociendo a Dios, quieren hallar alguna explicación del hombre y de la vida en el mundo.

Haeckel fue el encargado de llevarlo hasta el extremo y sacar de él las últimas consecuencias. El transformismo quedó convertido, por

(1) Véase Simón, Jesús, S. J.—"El hombre", Editorial "Lumen", Rocafort, 219, Barcelona, cuarta edición, 1962, págs. 122 a 138. Recomendamos vivamente la lectura de este libro.

obra suya, en un monismo avasallador que comprendía en sí el Universo entero, esto es, la materia inanimada, los seres vivos y el hombre, El Mundo se bastaba a sí mismo. Todo en él se explica por las solas fuerzas físicoquímicas de la Naturaleza, sin tener que acudir para nada a la intervención de una causa extracósmica creadora. La vida, un caso particular en el con unto del Cosmos, apareció casualmente por la simple fortuita combinación de los átomos y sustancias que integran el protoplasma viviente. Un día —afirma Haeckel, y ello sucedió probablemente en el fondo de los mares—, se formó al azar la primera partícula orgánica: un grumo de materia gelatinosa que, sin saber cómo, se sintió dotada espontáneamente de vida. El materialista la llamó mónera: fue el protoplasma o primer organismo del cual, andando el tiempo, habían de proceder, primero, los organismos más sencillos de los protofitos y protozoos, origen, respectivamente, del reino vegetal y sensitivo, y después, mediante múltiples divisiones y subdivisiones de estas dos ramas en un largo lapso de siglos, todos los tipos, clases y órdenes, familias, géneros y especies, ordenadas en árbol genealógico, una de cuyas principales ramas, la central o axil, había de ostentar en su extremidad, como fruto avanzado último y más noble anillo de la evolución, el "homo sapiens", dándose la mano como sus próximos parientes el orangután y el chimpancé.

El transformismo monista asienta, pues, tres afirmaciones o dogmas fundamentales: 1º La aparición casual y espontánea de la vida en el

principio del Mundo. 2º La transformación indefinida de unas especies en otras y aun de un reino en otro, incluso el hombre. 3º La exclusión absoluta en la evolución de todas otras fuerzas que no sean las puramente mecánicas, químicas y físicas de la Naturaleza.

De este transformismo exclusivamente tratamos en el presente estudio.

La refutación es fácil y evidente: la haremos, demostrando la falsedad de los tres susodichos dogmas ante la luz de la razón y de la Ciencia.

#### PRIMER DOGMA.

**"En la evolución de los vivientes no han intervenido más fuerzas que las físico-químicas, con exclusión absoluta de Dios".**

Es del todo gratuito y científicamente falso.

Con los célebres experimentos de Pasteur queda ya definitivamente resuelto para la ciencia positiva este problema, que en otros tiempos pudo ser objeto de litigio para los sabios. La vida siempre procede de la vida, de un germen precedente. "Omne vivum ex vivo, omnis cellula ex cellula, omne ovum ex ovo", es ya el axioma indiscutible entre los biólogos. Todo ser vivo procede de otro ser vivo, toda célula de otra célula, todo huevo de otro huevo. "Otra vida —dice el doctor Rosell— que la que se observa en las células en su materia llamada protoplasma; otra manera de nacer y originarse un organismo que la de proceder un ser vivo de otro que vivía antes o una célula de otra célula, eso no lo creen las ciencias, ni hoy lo juzgan posible". "Algunas veces —añade—, la superficialidad periodística nos da la noticia de que tal o cual sabio escondido ha logrado obtener cristales vivientes o cuerpecitos artificiales vivos. Eso ha sido siempre, en toda la extensión de la palabra, una invención periodística, engaño puro que no merece los honores de que nos ocupemos un momento en ello. El axioma científico, único en la actualidad, lo hemos citado: todo huevo, toda célula, todo lo que vive, procede de otro huevo, de otra célula, de otro ser viviente... Y ante este hecho implacablemente cierto y no contradicho, las opiniones de los mismos grandes biólogos que admitían la posibilidad de un origen material físico-químico de la vida, se han visto profundamente removidas" (1).

"En toda la Ciencia, dice el mismo Tyndall materialista y ateo, no existe otra conclusión más cierta que esta".

¿En qué se apoya el materialismo para justificar su fe en la generación espontánea?

Tal vez se crea exageración, pero no es sino la realidad: en nada. No puede presentar el más

mínimo argumento por su parte. "Pruebas o hechos positivos que demuestren cualquiera de estas afirmaciones —dice también a este respecto el autor antes citado— no existe ni uno". Y continúa lleno de indignación: "Y se ha querido llamar anticientífico al que no quiere admitir tales leyendas".

En esta materia proceden los monistas completamente a priori: afirman, no porque puedan dar razón de sus asertos, sino porque así les conviene o eso piden sus ideas preconcebidas o, tal vez, sus prejuicios antirreligiosos.

Dos confesiones sinceras:

Dice el gran naturalista Naegeli: "La Ciencia no puede admitir hoy la generación espontánea de la vida por la materia muerta. Todo lo vivo procede de lo vivo y, no obstante, si no admitimos la generación espontánea hemos de admitir el milagro, la creación de la vida, la intervención de Dios". "Terrible dilema —concluye Hertwig—, que no tiene solución científica, sino sólo filosófica".

Y Virchow: "No se conoce un solo hecho que demuestre que la materia inorgánica se haya transformado en orgánica... Si no quiero admitir al Creador, no me queda otro recurso que apelar a la generación espontánea: la causa es evidente. Tertium non datur. Cuando se dice no admito la Creación y, sin embargo, exijo una explicación del origen de la vida, anuncio una primera tesis; pero, quiérase o no, es necesario llegar a la segunda, al ergo: luego admito la generación espontánea...; mas de esta no tenemos una sola prueba. Nadie ha visto una sola producción de la materia inorgánica... No la rechazan los teólogos, sino los materialistas... Fuerza es elegir entre la generación espontánea y la Creación: hablando con franqueza, nosotros, los materialistas, nos inclinamos a la primera. ¡Ah, si tuviéramos una demostración, por débil que fuera!, pero con el *dathyblum* se desvanecieron todas las esperanzas de obtenerla". (2)

#### Nueva imposibilidad.

Tomemos en nuestras manos cualquiera de los seres vivos y examinémoslo detenidamente. En él encontraremos, ya a simple vista, una multitud prodigiosa de partes, unidas las unas y las otras, hechas las unas para las otras y todas para el conjunto, con más sabiduría incomparablemente que las piezas o resortes y engranajes de un reloj...

Sigamos examinando y reflexionemos que ese maravilloso y viviente mecanismo se alimenta, crece, se desarrolla, regenera sus partes, cura sus averías; notemos que tiene instintos propios, recursos propios, los más sabios y adecuados para buscarse la vida y hasta armas y sagacidad para defenderse. Veamos que dentro

(1) Cfr. "A. Dios por la ciencia". Estudio VI, por J. Simón, S. J.

(2) Cfr. Dr. Rosell, "La crisis del materialismo", Ibérica, t. XLIX, p. 107 y sigs.

de la especie todos los individuos son iguales; que se reproducen y dejan a sus hijos, no sólo su organismo perfectamente formado, sino hasta sus instintos y aun cualidades individuales...

Pasemos adelante y examinemos al microscopio cada una de sus partes. Todas son maravillas de precisión. Todas tienen su clara finalidad, todas son prodigios de técnica, de arte. Hay órganos que, como los ojos y los oídos, superan toda capacidad humana... Sistemas que, como el sanguíneo, el óseo, el nervioso, el locomotivo, suponen alardes de ciencia, de mecánica y hasta de estética...

Examinémoslo todo y, cuando nos hayamos cansado de contemplar maravillas y de columbrar otras y otras infinitas que se nos escapan a nosotros, que se escapan hasta a los más grandes sabios... hagámonos la siguiente pregunta: ¿Será posible que todo eso se haya hecho al azar, sin que haya presidido a su construcción la luz de la idea, la dirección de la inteligencia, sino sólo las fuerzas naturales, ciegas e inconscientes dejadas a su propia fatalidad?

Aun en los seres más rudimentarios e ínfimos, cuales son los protozoos, no acaban los biólogos de salir de su asombro al estudiarlos.

Uno de ellos, el gran Von Uexkül, llama a la organización de esos seres diminutos, los últimos de la escala zoológica, "maravillosa" e "inexplicable" y añade que constituye "un problema supramaquinal", "que va más allá de la mecánica", que es un "milagro", un "misterio". Y termina: "Sería más fácil que de las ruinas de un terremoto saliera por casualidades imposibles un automóvil que funcionara luego solo, que la formación que hay que llamar calculada de antemano, ¿por quién?, del protoplasma líquido de un amibo".

No menos expresivas son las palabras de Oskar Hertwig, el biólogo de preeminencia indiscutible en la actualidad y llamado por eso mismo el pontífice de la Biología. Dice así en su gran obra "Biología General": "Entre la materia muerta y el organismo vivo se abre un abismo que cada día se manifiesta mayor cuanto más penetramos en el pensamiento de lo vivo. Pretender construir por procedimientos artificiales, con materia inanimada un ser vivo, el menos complicado que queramos imaginar, hemos de considerarlo como una ilusión que no tiene más probabilidad de ser realizada que el sueño del alquimista de Faust al pretender fabricar al homínulo en su retorta..."

"Para el naturalista —escribe en otro lugar— es hoy una necesidad filosófica admitir que la vida tuvo una vez que empezar siendo creada".

Otro gran biólogo y fisiólogo, Volkmann, escribe, a su vez, en el "Diccionario Manual de Fisiología": "Vida y organismo tuvieron que empezar a existir a la vez: ninguno de los dos puede conceptuarse como separado en los seres vivos que conocemos, ni por tanto lo uno ser causa de lo otro... Ni la vida del primer ser or-

gánico ni este pudieron ser causa de su propia existencia; a alguna causa que existiera fuera de ellos tuvieron que deber su origen, pues empezaron a existir en un tiempo en que no había vida ni seres que la tuvieran". "Esta causa —añade abiertamente— sólo puede hallarse en lo que llamamos Dios".

Finalmente, para no multiplicar demasiado estas citas: el director del "Instituto Zoológico y Paleontológico" de Berlín, el doctor Wilhelm Branco, escribe: "Aceptar que de la materia mineral, en los primeros periodos de la historia del Mundo, un día casuales y curiosas combinaciones de carbono, de agua, de amoníaco, etc., empezaron a dar origen a la vida y a los organismos vivos, es pedir un esfuerzo de credulidad tan grande que otra más inverosímil leyenda de hadas no podía inventarse". Y termina: "Ciertamente; si la Iglesia quisiera hacernos creer tal fábula todos los naturalistas desbordaríamos de indignación ante pretensión tamaña..."

He aquí, pues, el gran argumento, el aplastante argumento contra la generación espontánea.

La vida, aun en los seres más insignificantes, aparece con tales caracteres de complicación, de sabiduría, de misterio, que es imposible, en absoluto, que puedan ser atribuidos a las solas fuerzas ciegas y sin entendimiento de la naturaleza. Repitémoslo con Von Uexkül: Sería más fácil de comprender que de las ruinas de un terremoto saliera formado un automóvil que caminase por sí solo, que admitir la formación de un ser viviente por insignificante que sea, ni aun el diminuto de un amibo, por las solas fuerzas naturales. (3)

Concluamos, por tanto, y podemos hacerlo con razón sobrada: El primer dogma y fundamental del materialismo es anticientífico y plenamente falso.

## SEGUNDO DOGMA.

"En el transcurso de los siglos ha venido realizándose la transformación radical de unas especies de vivientes en otras, desde el batibío o mónera primitiva hasta el hombre".

Esta proposición es también completamente falsa en lo que respecta al hombre, como ya quedó demostrado en otra parte de nuestro estudio. En lo tocante a los demás seres vivientes es, por lo menos, gratuita o sin fundamento y está sujeta a dificultades insolubles.

El transformismo es una hipótesis.

Empecemos por esta verdad fundamental en la materia. El transformismo no es más que una hipótesis.

(1) Cfr. "A Dios por la Ciencia", estudio VI, por J. Simón, S. J.

Así se ven obligados a confesarlo sus mismos partidarios. Ives Delage dice: "Reconozco que nadie vio jamás engendrarse una especie de otra ni transformarse en otra y que nadie ha hecho una observación absolutamente formal que demuestre que esto ha tenido lugar alguna vez".

Blanchard lanza, a su vez, el siguiente reto a los evolucionistas: "Mostradme siquiera un solo ejemplo de transformación de especies..."

Nadie ha visto jamás la transformación de una especie en otra. Al afirmarla, el transformismo no puede hacer más que una suposición que no tiene en favor suyo argumento alguno real y positivo, sino solamente la apreciación general de que "así podría ser", "así parece que fue".

Quatrefages echaba en cara a los evolucionistas, por esto mismo, su conducta poco científica. "Sostenéis —decía que esto os parece así; preferís creer en el cambio de las formas; estáis persuadidos de que las especies actuales descienden de antepasados comunes. Pero si lo contrario me parece mejor; si estoy persuadido de que la opinión opuesta es más verosímil. nuestras inclinaciones se contrapesan".

#### DIFICULTADES INSOLUBLES.

A tres podemos reducirlas: la experiencia del presente, la enseñanza del pasado y la invariabilidad celular.

##### La experiencia del presente.

Es un hecho del dominio de todos que se pueden llevar a cabo artificialmente las más sorprendentes variaciones y mejoras en los seres vivos. Todos los jardineros conocen la manera de cambiar los colores, el tamaño y otras cualidades de las plantas. Más aún: advertimos con frecuencia que las mismas especies adquieren aspectos diversos según que estén en terrenos ricos o pobres, húmedos o secos, arenosos o calizos, cálidos o fríos. En las altas montañas las plantas son más delgadas, tienen tejidos más duros y sus colores son más intensos. Transportadas a la llanura pierden lo saliente de estas propiedades y con frecuencia toman los aspectos más distintos.

Lo mismo debe decirse de los animales.

El arte ha mejorado incalculablemente las razas y todos observamos continuamente los cambios que se efectúan en ellas en cuanto al tamaño, color pelaje, etc., por causa del clima, de la luz, del calor, de la humedad y de la diversidad de alimentos.

La variabilidad, pues, de los seres vivos es un hecho innegable.

Pero sigamos observando el objeto y extensión de las referidas transformaciones. Son todas accidentales. Mutaciones leves que dejan

intacta la especie. Las plantas y los animales mejorados por el arte o modificados por agentes exteriores permanecen invariablemente dentro de su especie.

Por grandes que hayan sido los esfuerzos de los jardineros o de los seleccionadores, jamás han podido cambiar una siquiera. Jamás han conseguido convertir un rosal en una clavellina, ni un tulipán en un jacinto. Han podido, sí, obtener claveles de muchas clases y estampar en ellos los más variados colores; han podido conseguir rosas dobles de sencillas, pero la clavellina así modificada, los rosales así tratados han producido invariablemente claveles y rosas.

Es que Dios ha concedido sabiamente cierto ámbito a cada especie para que pueda desenvolverse con amplitud; la ha dotado de aptitudes para su defensa en los diversos climas... pero todo ello dentro del círculo de hierro de la especie, de la cual no pueden salir.

Nótese que en todo lo dicho nos referimos exclusivamente a las especies propiamente dichas o naturales y filosóficas, no a las sistemáticas, que se fundan muchas veces en meras cualidades accidentales y que equivalen a lo que solemos llamar comúnmente razas. De estas sí que se pueden obtener, y de hecho se han obtenido, muchas artificialmente. Existen en la actualidad 150 clases de palomas provenientes de un mismo tipo común, la torcaz, y que datan de unos cuantos siglos a esta parte, y lo mismo podemos decir de otros animales e incluso de la especie humana.

La idea fundamental de la verdadera especie la determina la interfecundidad, como afirmó Flourens. Son de una misma especie los individuos interfecundos y de especies diversas los interestériles.

De nuevo nos encontramos aquí ante un hecho desagradable al evolucionismo exagerado.

¿Por qué los individuos de una misma especie son fecundos mientras de distintas son estériles?

Darwin confesó que desconocía la causa, y decía bien, porque en realidad no puede tener explicación este hecho, tan universal y constante, en la hipótesis transformista. En la contraria, sí es de fácil comprensión, pues supone que cada especie es una unidad fija creada por Dios, con una esencia propia e incomunicable, con organización y aun células propias que no admiten mezcla alguna. Podrá adaptarse a los diversos medios y exigencias, como dijimos, pero quedando siempre preservada de toda alteración fundamental.

##### El pasado.

Apuntemos algunos hechos indiscutibles.

Primero. El mundo animal y vegetal de hoy ha sido siempre el mismo a través de los siglos desde que el hombre existe o, al menos, desde

que ha dejado huellas de sí. Los dibujos y bajorrelieves de animales y plantas procedentes de tiempos que distan de nosotros más de cuatro o cinco mil años, encontrados en las tumbas, templos y monumentos egipcios, son idénticos a los que actualmente existen en aquella región. Lo mismo puede decirse de las plantas y animales de que nos habla la Biblia, en los libros más antiguos o los mencionados por los escritos más remotos de los pueblos de que se tiene noticia.

En todo este lapso de tiempo, por lo menos, no ha habido variación ninguna que podamos apreciar en las especies.

Se dirá tal vez que la evolución necesita periodos inmensamente más largos, ante los cuales nada suponen diez o quince mil años. Así podrá ser, pero entonces además de estos inconvenientes, nos encontraríamos con que para la formación de los tres millones o más de especies existentes en la actualidad habríamos de suponer una cantidad tan fabulosa de siglos transcurridos desde el origen primero de la vida, que ni siquiera se concede por los astrónomos a la existencia de todo el Planeta. Nos encontraríamos, además, en presencia de una hipótesis incompatible con el método de la ciencia experimental y ante la confesión explícita de que este problema no puede ser resuelto por la experiencia y que, por consiguiente, el transformismo asienta gratuitamente su tesis.

#### Segundo hecho, más significativo aún.

Se han realizado innumerables excavaciones en las más diversas partes del mundo y como resultado de ellas han quedado exhumados infinitos despojos de los tiempos pretéritos, incluso de los terrenos primarios, secundarios y terciarios, merced a los cuales se ha podido exhumar la flora y la fauna de aquellas remotísimas edades, distantes de nosotros centenares de miles y aun millones de años.

Pues bien; véase el argumento, que no tiene, al parecer, vuelta de hoja.

Si conforme a la hipótesis evolucionista las especies hubieran ido transformándose lentamente las unas en las otras desde uno o pocos tipos primitivos hasta la exhuberancia presente, es claro que habría habido formas de transición que delatarían el paso de unas a otras. En los yacimientos fosilíferos debería encontrarse una mezcla informe de seres vivientes de las formas más raras y variadísimas que llenaran los huecos que separan a las especies actuales entre sí.

La cosa es manifiesta y ni siquiera los mismos evolucionistas se atreven a negarlo. Aun suponiendo nada más que medio millón de especies, en realidad son más de tres millones las existentes como queda indicado, se ha calculado que el número de formas intermedias precisas para el actual desarrollo debería haber ascendido a millares de millones... Pero es el caso aplastante para el transformismo que de todas

ellas no se encuentra en las capas fosilíferas ni el más mínimo vestigio. Si es verdadera la hipótesis, todas las formas de transición debieron de pasar por el Mundo sin dejar huellas de su existencia, lo que no puede creer nadie.

Darwin confiesa que esta es la objeción más seria que puede oponerse a su sistema. Para resolverla acude al porvenir de la Geología, esperando que algún día llegarán a encontrarse los tipos intermediarios. Ha pasado ya cerca de un siglo de febriles estudios geológicos y su esperanza no se ha cumplido todavía. Se ha encontrado, o creen haber encontrado, el *phylum* o línea genealógica de la evolución de algunos contados animales, el caballo, el oso, el elefante, el rinoceronte, el mono, el cerdo, pero es lo cierto que ninguna de ellas ofrece seguridad. El estudio se ha hecho siguiendo más bien el capricho que la verdad averiguada. Por eso ninguna puede comprobarse científicamente. Los anillos de unión son escasísimos para los centenares de miles de especies conocidas, no basta presentar cuatro ni diez tipos intermedios; serían necesarios millones. Son, además, demasiado discontinuas y arbitrarias, tanto, que se asegura que sería imposible que dos paleontólogos trabajando por separado pudieran presentarnos dos series iguales. Las series admitidas por unos son rechazadas por otros, como ocurre con las mismas de Darwin, Lamarck y Haeckel. Finalmente, y ello es perentorio, jamás han probado ni probarán que los individuos que componen los *phylums* referidos son de verdaderas especies distintas naturales o filosóficas y no meras sistemáticas, fundadas, muchas veces, en solas variantes extrínsecas, como queda dicho, compatibles con la verdadera especie real.

Tercero. Consta por la Paleontología que la mayor parte de los lamelibrancios y gastrópodos de la era primaria perduran hasta el día de hoy intactos y exactamente iguales que hace millones de años. En estas especies, por lo menos, no se ha dado ninguna transformación.

¿Será, tal vez un caso excepcional? Pues las excepciones se multiplican.

Las 350 formas de trilobitas del silúrico aparecen por completo invariables, durante el larguísimo tiempo de su existencia, sin producir por medio de sus transformaciones una nueva forma específica siquiera distinta y permanente. Lo mismo exactamente ha sucedido con los cefalópodos, acéfalos y branquiópodos del silúrico, los reptiles del Triás, los proboscídeos del fin del terciario y en un gran número de vegetales de los periodos hullero, cretáceo, etc., así como también en los espongiarios del canadiense. Respecto de las épocas posteriores dice Lyell en su obra "La antigüedad del hombre": "En el terreno terciario inferior había 3 y medio por ciento de especies idénticas a las actuales; en el terreno terciario medio cerca de 17 por ciento; en el terciario superior de 35 a 50 por ciento".

Se dirá que en unos seres vivientes se ha dado la evolución y en otros no, pero ello es gratuito y no presenta seriedad científica.

Cuarto. En la fauna primordial del silúrico aparecen repentinamente los trilobites perfectamente organizados. En el comienzo de la fauna segunda los cefalópodos igualmente ya perfectos y en la tercera los peces ganoides y placoides.

¿En dónde están los antecesores de estos vivientes?

La lista la podríamos multiplicar indefinidamente. Ni los crustáceos, ni los braquiópodos, ni los peces antiarcos con sus 8 géneros devónicos se sabe tampoco de dónde proceden, lo mismo que los laberintodontes con sus 24 géneros carboníferos, y los órdenes de los reptiles triásicos y algunos pérmicos.

"Consultando los catálogos de los fósiles, según los vienen publicando desde 1912 especialistas insignes —dice el P. José Ibero—, con cada grupo de catálogos se puede repetir la pregunta con la seguridad de que ningún paleontólogo acreditado y que estime su nombre se aventurará a afirmar el origen de nuevos grupos. Si alguno, llevado de su idea preconcebida, se ha adelantado a señalarlo alguna vez, luego ha tenido que retractarse".

La Paleontología, en consecuencia, está en abierta contradicción con el transformismo: lejos de favorecer sus pronósticos y esperanzas, hasta ahora, y a pesar de los grandes esfuerzos realizados, no ha hecho más que aniquilarlos.

#### La invariabilidad celular.

Recordemos de nuevo lo que ya en otras ocasiones hemos mencionado, a saber: que los cuerpos vivos están compuestos de multitud de pequeñas partículas o corpúsculos microscópicos yuxtapuestos unos a otros con vida individual que, uniéndose entre sí, forman los diversos sistemas, tejidos y aparatos del organismo.

El primero en descubrirlas fue Roberto Hooke en 1655 al ensayar en un fragmento de corcho el poder amplificador de su microscopio. Como por su forma, más o menos regular, recordaban las celdillas de un panal de abejas, las llamó él y así han seguido llamándose en lo sucesivo, células.

Hay seres vivos que constan de una sola de éstas: tales son los protozoos en general, pero la mayoría son pluricelulares, esto es, inmensas colonias de millones y trillones de ellas.

Las células tienen su vida propia; se nutren, se reproducen y mueren enteramente como si fueran individuos independientes entre sí, pero lo que más hace a nuestro caso es que presentan dos particularidades, de las cuales vamos a sacar un gran argumento en contra del transformismo. Estas son la especificación y la invariabilidad.

La especificidad consiste en que todas las células que pertenecen a individuos de una misma especie ofrecen una organización especial común a todas ellas, y radicalmente distinta de todas las demás organizaciones celulares, aun de igual categoría histológica, de los individuos de especies distintas.

Dos seres orgánicos, por tanto, serán de la misma especie si las células que los integran son también específicamente iguales, esto es, si tienen la misma organización esencial, y no lo serán en el caso contrario.

La segunda cualidad no es menos importante: la invariabilidad. Quiere decir esta prerrogativa que dentro de la especie a que cada una de ellas pertenece son por completo inalterables, o lo que es lo mismo, que no pueden transformarse. Antes dejan de existir que cambiar de especie.

El hecho es notable, pero también cierto.

"Las materias alimenticias —dice el P. José Antonio Laburu—, llegadas al seno del protoplasma, son en seguida transformadas en substancias idénticas a las mismas que constituyen ese protoplasma. Es la asimilación. Si por cualquier causa se altera el proceso nutritivo, vienen al instante los procesos distróficos celulares con las múltiples alteraciones que sufren las células en su composición química y organización esencial, tales como las degeneraciones albuminoides, grasas hidrocarbonadas y minerales, con sus distintas subdivisiones, con las cuales las células aún pueden sostener su organización esencial intacta; pero en cuanto llega ésta a alterarse, síguese inmediatamente la muerte celular".

Ramón y Cajal añade que "será causa de necrosis toda substancia que posea virtualidad química bastante para quitar, modificar o añadir algo a los componentes fundamentales del protoplasma", y Alderhalden asegura que "Un solo ión puede, en un caso dado, decidir de la vida o de la muerte de una célula".

Como se ve, las afirmaciones son categóricas y difícilmente pueden ser eludidas. Estamos ya en el término de nuestro discurso. La consecuencia es evidente... En tanto pueden los seres cambiar de especie, en cuanto sus células pueden también sufrir mutaciones específicas, esto es, mudar su organización esencial. Como hemos demostrado que esto es imposible, pues las células son invariables y antes perecen que cambian en lo más mínimo, es evidente que las transformaciones de las especies son inadmisibles.

La deducción parece legítima y perentoria.

Existiendo en las células de los seres de cada especie una organización esencial, diversa en todos ellos y distinta de la de las células de los seres de especies distintas, y siendo, por otra parte, esta organización especial y específica enteramente inmutable, no pueden darse cam-

bios específicos en los seres orgánicos y, por consiguiente, la teoría de la evolución está manifiestamente en oposición con los hechos históricos.

"Las células gérmenes —prosigue el mismo P. Laburu— que fusionándose han de dar lugar a un nuevo ser, tienen que tener, como condición necesaria para su existencia, la misma organización esencial que la de las células del ser de que forman parte. La organización del idioplasma de los óvulos y de los espermatozoides de una misma especie orgánica debe ser esencialmente la misma. Por el contrario, las células sexuales de animales de especies diferentes, por ejemplo, de un mamífero y un ave, deben presentar en la organización de su idioplasma respectivo diferencias del mismo orden que las que existen entre los caracteres de un mamífero y los de una ave. Y como todas las células procedentes del óvulo por reproducción deben ser elementos que contengan toda la substancia hereditaria y, por consiguiente, ser elementos específicamente distintos, se sigue necesariamente el principio general, por todos admitido en Biología: "El semejante no engendra sino al semejante", o mejor, como escribe Hertwig, "la especie engendra siempre su especie".

En definitiva: el transformismo radical, que no es más que una hipótesis, tropieza con escollos insuperables. No cuenta en su favor más que con cierta apariencia sugestiva, originada de la aparición sucesiva en el decurso de las épocas geológicas, de las distintas especies que pueblan la tierra, en ascensión continua y progresiva hacia las formas más perfectas. Pero estas son apariencias nada más y no muestran en modo alguno que esas formas hayan salido, en realidad, por la simple transformación unas de otras. Para probar eso se necesitan hechos positivos y estos están inexorablemente en contra.

El fijismo, que considera las diversas especies como unidades concretas creadas por Dios directamente y cerradas a todo cambio substancial, es, dígase lo que se quiera, más positivamente científico; no tiene más inconveniente que tener resabios de "metafísica", como dicen, esto es, que supone a Dios Creador, el cual ha de estar, según el decálogo materialista, destruido de la Ciencia.

Tal vez se cumpla aquí también el dicho de que el mejor enemigo de la Ciencia es el horror a lo sobrenatural.

### TERCER DOGMA.

**"En la evolución de los vivientes no han intervenido más fuerzas que las físicoquímicas de la Naturaleza, con exclusión absoluta de Dios".**

Aunque fuera cierta la transformación de las especies, todavía sería inadmisibles esta proposición.

"Hoy día, gracias al darvinismo —dice Wolf— ha desaparecido el tormento de la inteligencia que, al meditar sobre el Mundo, se veía obligada a admitir la finalidad y, por ende, la intervención de la primera causa... Este cambio lo ha producido la selección natural que permite concebir un fin determinado inconscientemente y alcanzarlo infaliblemente reemplazando a Dios para una posteridad más feliz".

¡Qué idilios tiene el materialismo!

¡La variedad y orden sapientísimo existentes en los seres vivos, fruto exclusivo de la ciega evolución...!

En esto precisamente consiste la imposibilidad absoluta y aun el absurdo del transformismo radical. Si dijera que Dios había dotado a la materia, desde su creación, de una energía fecunda cuyos efectos se habían de ir manifestando en el transcurso de los siglos, nada quizá tendríamos que oponer. De hecho ha habido y hay muchos católicos que defienden la evolución de las especies en el llamado transformismo restringido.

Su teoría se llama espiritualista porque no reduce el Mundo a la sola mecánica de la materia, sino que reconoce en él otras fuerzas susceptibles que participan de la naturaleza espiritual. Admite a Dios y al alma humana; a Dios Creador en el origen del Mundo y de la vida, en el origen del hombre y aun en el origen de la ley grandiosa que preside la evolución de los vivientes. (4)

Este transformismo podrá no ser cierto ni estar probado, pero tampoco puede tacharse de absurdo su concepto, por cuanto supone que el Autor de la Naturaleza dio en estado virtual a las primeras formas las perfecciones que habían de manifestarse más tarde en su descendencia. Hubiera sido algo semejante a lo que vemos en una simple célula-huevo, en la que Dios ha encerrado todo un organismo maravilloso que ha de venir.

Por eso el mencionado transformismo no niega ni compromete la obra de Dios. Sino que más bien, en el sentir de sus partidarios, la realza. Sería una fuerza misteriosa oculta en el seno de la materia que se transformaría en una gama indefinible, policroma, rica en luces y sombras en la que la menor perfección se subordinaría a la mayor para subir en marcha ascendente hacia un ideal desconocido, pero indudablemente sapientísimo. (5)

Patrocinar, en cambio una evolución ciega, sin orden ni plan ninguno preestablecido, sin entelequia ni previsión y que, sin embargo, ha seguido leyes admirables, sapientísimas, fijas; admitir que del acaso ha podido brotar ese orden tan complejo que reina en los seres vivos;

(4) Cfr. "Los orígenes", pág. 257.

(5) Cfr. "La antigüedad del hombre y su evolución", pág. 65.

que ha sabido desarrollarse y perpetuarse a través de las épocas más dilatadas y de los mayores trastornos y convulsiones; ese orden que absorbe y regula toda la fuerza vital que el Mundo encierra; que lleva en lo más íntimo de su ser la razón y fundamento de todo un Mundo de maravilla, de cálculo, de proporción, de belleza...; suponer, digo, todo eso, sería faltar palmariamente a las leyes del buen juicio.

#### En resumen.

El orden y la armonía más sabia reinan en la materia viviente. ¿Quién se atrevería a negarlo? Lo vemos patente en la correlación y adaptación de las diversas partes en cada organismo; en la disposición ascendente de las especies que componen ambos reinos; en la maravillosa evolución del germen, en el cual cada individuo logra con tanta seguridad como justicia la forma adulta de su especie, (6) y de un modo particular en cada uno de los múltiples órganos que lo constituyen y que son portentos incontestables de claras finalidades...

¿De dónde procede ese orden?, preguntamos. ¿Podrá ser todo él meramente casual, producto inconsciente de las fuerzas ciegas de la Naturaleza?

Cuando el geólogo, removiendo terrenos antiquísimos, encuentra huellas de animales prehistóricos grabados en la arcilla o en los esquistas, ni siquiera se le ocurre pensar en una formación fortuita de las mismas, sino que al instante reconoce que fueron hechas por un animal real y vivo. ¿Podrá creer ese naturalista que el animal vivo cuyas son las huellas fue obra mecánica del acaso? Las caras de un sílex, diremos con Guibert, son para el paleontólogo prueba innegable de un talla intencionada, por cuanto en ella se descubre orden y finalidad, y el hombre mismo, autor de esa talla infinitamente más complicada, podrá ser tenido por fruto espontáneo de acciones físicas inconscientes?

Pero vengamos más directamente a la evolución.

(6) Cfr. "Los orígenes", pág. 293.

También en ella han de reconocer sus partidarios huellas claras y evidentes de orden y sabia disposición. La transformación de las especies no ha sido en todo caso anárquica y monstruosa como pudiera esperarse de fuerzas ciegas y sin entendimiento, sino obra consumada, de tino y de cálculo. En ella habrán de reconocer que resplandece un orden ascendente y progresivo que ha ido conduciendo a las mismas como por la mano hacia otras formas más adecuadas al ambiente y, en general, más perfectas cada vez. Las plantas han subido de criptógamas en fanerógamas, desde las algas y helechos primitivos, hasta la exuberancia y esbeltez de la flora de nuestros días. En el reino animal, lo mismo; de la mónera o batibio de Haeckel y de Huxley hasta el tribolites del cámbrico, el ave, el mamífero, el hombre.

¿De dónde, volvemos a preguntar, ha provenido esa dirección tan sabia, esa ascensión ininterrumpida y finalista que de grado en grado, de perfección en perfección desconocida habría tenido por término final al hombre, compendio de maravillas?

¿Habrá sido todo mero producto de la selección natural y sexual o de la lucha por la existencia? *Risum teneatis*. Eso no podría creerlo sinceramente ni el más empedernido materialista.

¿Una cadena de sabias disposiciones conducida a través de millones de años a pesar de mil obstáculos, un complejo inaudito de portentos que anonada, obra todo de la lucha por la existencia y de la selección...!

Eso es burlarse de la credulidad de los hombres.

Si la Iglesia hubiera sido la que pensó en imponer a los mismos materialistas tal idea, diremos con Branco, todos ellos hubieran desbordado de indignación. Terminemos, pues.

No se prueba el transformismo y menos el radical materialista, plenamente falso como acabamos de ver. Pero si fuera un hecho, habría que admitir necesariamente en la evolución de los seres vivos una dirección evidente, un plan manifiesto y preconcebido según una ley de orden sapientísima: la dirección, el plan, el orden del autor de la Naturaleza, DIOS.

## COMPRO LIBROS NUEVOS Y USADOS

especialmente de temas de

- 1) Historia de las Américas.
- 2) Estadística aplicada (Anuarios, censos, etc.,)
- 3) Enciclopedias y Diccionarios.
- 4) de Salvadoreños o sobre El Salvador.

Dirigirse a:

**BIBLIOTECARIO**

Avenida Manuel Gallardo 1-6  
SANTA TECLA, EL SALVADOR, C. A.